

HÉROE SIN CAPA, HÉROE DE CHALECO, PRISMÁTICOS Y LIBRETA

Juan José Molina Pérez



Hablar del Dr. Fidel José Fernández y Fernández-Arroyo es hablar de un superhéroe, y no estoy exagerando. Cómo si no podría un solo hombre contabilizar cada temporada de cría, durante 48 años, cientos de nidos de buitres leonados, decenas de nidos de alimoche, otros tantos de cigüeña blanca, además de búhos reales, halcones peregrinos, azores, águilas calzadas, cuervos... y así una larga lista de especies. Si este trabajo, que realizó Fidel José él solo de manera totalmente altruista, hubiera tenido que ser contratado, habría sido necesaria una ingente cantidad de dinero y un equipo de no menos de 5 biólogos cada año, y aún así, habría cosas que jamás hubieran podido encontrar porque otro de los grandes poderes de este superhéroe de chaleco, prismáticos y libreta era su capacidad de contagiar ese entusiasmo y amor por el Refugio de Rapaces de Montejo, consiguiendo con ello un ejército de seguidores, que colaborábamos con él y le pasábamos cualquier avistamiento interesante que pudiera ser necesario registrar.

Fidel José contaba con el superpoder de contagiar a cientos de naturalistas esa especie de “virus monte-jano”, que afecta a la necesidad imperante de pisar los páramos, riberas, sabinars, pinares o encinares del Refugio y las Hoces del Riaza, registrar su espléndida biodiversidad y pasarle los datos a él, para que pasen a la posteridad en las Hojas Informativas, donde se refleja toda la historia del Refugio, pudiendo así servir de ayuda a la conservación del mismo.

Pero no se equivoquen. Aunque pueda parecer que el Dr. Fidel José contaba con mucha ayuda en el afán de conocer la biodiversidad del espacio natural, realmente el grueso del trabajo era realizado por él mismo. Puede que la localización de algún nido se la facilitara otra persona, pero después él lo visitaba las

veces necesarias para saber el resultado de la reproducción y volvía cada año para comprobar si se repetía o no, añadiendo año tras año más y más trabajo a su ya complejo seguimiento.

El Dr. Fernández y Fernández-Arroyo decía que tenía tres métodos para localizar los nidos de las aves, que en orden de dificultad eran: primero, localizarlo por sí mismo. Segundo, que alguien te diga la ubicación, y mediante esas indicaciones encontrarlo. Tercero, que alguien te acompañe y te lo enseñe.

¿Quién revisará ahora la evolución de las poblaciones de fauna del Refugio?

La desaparición de Fidel José supone un antes y después en esta singular historia de conservación única y mágica. Si bien la muerte del Dr. Félix Rodríguez de la Fuente supuso cambios difíciles para el Refugio, en aquel momento, con solo 22 años, ya estaba Fidel José comprometido y contagiado del espíritu “Montejano”, defendiendo a capa espada (más bien con prismáticos y libreta) la continuidad de la leyenda.

Ahora las cosas son distintas y aunque somos muchos los que a lo largo de estos años nos contagiamos de ese espíritu, no ha emergido de entre todos/as ninguna figura que pueda asemejarse, ni tan siquiera de lejos, a lo significa nuestro superhéroe Fidel José.

Él era único, irremplazable, como lo son las personas excepcionales. Tenía unas capacidades fuera de lo normal. Una memoria que impresionaba a quienes lo conocían. Cuando alguien le decía su nombre y apellidos, días después se dirigía a él repitiéndolos de memoria, como si se los acabara de decir. Del mismo modo recordaba fechas, citas, comentarios... como si de una computadora se tratara. También tenía una increíble capacidad de sacrificio, olvidándose de sus necesidades personales en favor de la conservación

del Refugio. Y sabiendo que alguna alta capacidad me dejó, solo destacó por último su superioridad a los demás seres humanos en honradez, en el sentido de la lealtad, en su compromiso con la verdad. Fidel José no era normal, era muy superior a los demás, aunque su humildad y dedicación a un cometido tan concreto no lo hayan hecho destacar lo que realmente se merece.



Fidel José en el Cerro de los Ataques (valle del Riaza), en mayo de 2006.
(Foto: Juan José Molina Pérez)

Y es que el Dr. Fidel José Fernández y Fernández-Arroyo nos dejó infinidad de informes, apuntes, notas de prensa, artículos...; miles de páginas de un gran valor, que cuentan con detalle la historia y evolución del Refugio de Rapaces de Montejo y las Hoces del Riaza. De todo su inmenso archivo documental, puede que lo más importante sean las 57 Hojas Informativas sobre el Refugio, donde se recogen los avistamientos, censos, informes y demás acontecimientos anuales. Si alguien necesita saber algo sobre el Refugio, el primer lugar donde deberá buscar será ahí. Por suerte, están disponibles todas, junto a mucha más información, en la web www.naturalicente.com, gracias al trabajo y generosidad de Raúl González.

En su faceta de naturalista, era experto en biología, a pesar de la carencia de un título. Esto le trajo en ocasiones múltiples problemas con quienes se empeñaban en clasificar el conocimiento en función del título de cada uno. No cabe duda que su capacidad lectora, su curiosidad en todo aquello que tuviera relación con el medio ambiente y su máxima dedicación lo convertían en uno de los mayores expertos del mundo en aves carroñeras. Pero también era un gran conocedor de la fauna ibérica e incluso mundial. Así lo atesoran sus intervenciones en el Canal de la UNED, con “Respuestas de la Ciencia”.

Fidel José era doctor en Matemáticas, disciplina en la que destacó de manera brillante, llegando a pu-

blicar artículos en revistas de prestigio internacional. Su trabajo de profesor ha sido también reconocido por compañeros y alumnos. Su profesión era lo que en ocasiones le causaba desasosiego, sobre todo por el desinterés en el aprendizaje de algunos alumnos. Siempre contaba con dolor cómo había notado que los jóvenes eran cada vez menos constantes en el esfuerzo, valoraban mucho menos que antes el aprendizaje y esperaban que las cosas les cayeran en las manos por arte de magia. El Dr. Fidel José ponía tanto entusiasmo a su trabajo de profesor como en la protección del Refugio.



Fidel José con Juan José Molina en el Refugio de Montejo (mayo de 2006). Al fondo, Peña Portillo.
(Foto: Juan José Molina Pérez)

En una ocasión, nos contó que cuando era niño estuvo durante horas en el balcón de la casa de sus padres del Paseo de la Castellana de Madrid esperando a que pasara un buitre, porque había decidido que hasta que no pasara uno no entraría en casa. Aunque tuvo que conformarse con el paso de una perdicera. Con 16 años ofreció una charla ante más de mil personas en la Asamblea General de Socios de ADENA, por la que fue felicitado por el propio Félix Rodríguez de la Fuente.

Una vez le pregunté que si siendo tan niño ya le gustaba la naturaleza, ¿por qué no estudió biología o algo relacionado? A lo que me contestó:

—En primer lugar, porque las matemáticas también me gustan mucho. Pero también porque por aquel entonces ya me había dado cuenta de que si mi sueldo dependía de la naturaleza, no podría defenderla de manera independiente.

Esto es un ejemplo de la capacidad innata de Fidel José y me sirvió de lección, sobre todo cuando poco después sufrí el desplazamiento laboral de Montejo, por oponerme a ciertas actuaciones de uso público

que habrían sido muy dañinas. El apoyo de Fidel fue fundamental para mí en aquella ocasión, y recordé una y otra vez aquellas palabras de quien ya de niño conocía la dureza del mundo, a pesar de la falta de maldad que él atesoraba.

Ahora, en la imponente silueta del vuelo planeado de los buitres del Refugio, vemos reflejada la imagen de quienes se comprometieron con su conservación junto a Fidel José.



Fidel José en el Refugio de Montejo (junio de 2011).
(Foto: Juan José Molina Pérez)

El sabio y honorable guarda Hoticiano, el “Guardián del Refugio”, desaparecido en 2015, y con el que Fidel José formó un tándem perfecto en los primeros años del Refugio, representaba como nadie la unión entre naturalistas y paisanos, algo imprescindible en la conservación de cualquier espacio natural. Hoticiano fue sustituido por su hijo Jesús Hernando, “Susi”, el actual guarda, que es un fiel reflejo de la genética que les une.



Fidel José en el Refugio de Montejo (mayo de 2012).
(Foto: Juan José Molina Pérez)

También en esos vuelos sobre las majestuosas peñas que forman este espacio natural podemos ver a naturalistas que vinieron desde tierras lejanas, conocieron a Fidel José y quedaron atrapados por la magia del Refugio. El caso más llamativo es el del

gran ornitólogo suizo Daniel Magnenat, que se perdía entre los páramos y recovecos del monte en busca de nidos de pequeñas aves, aportando una valiosísima información, que servirá para conservarlas. A día de hoy su viuda, Mariane Delacretaz, sigue colaborando económicamente.

Aquí quedamos el resto de simples individuos, algo perdidos sin Fidel José, pero con su recuerdo diario y la mente puesta en honrarle continuando su legado, manteniendo el archivo histórico del Refugio y tratando de que éste siga estando bien conservado y lleno de vida, de manera que sea un orgullo para los naturalistas y los habitantes de la zona.

Sirva el recuerdo de los que amamos estas tierras y reconocemos el valor del trabajo que realizaron todos los que ya no están entre nosotros, como homenaje a ellos, destacando la figura de quien lleva su nombre unido al del Refugio de Rapaces de Montejo, el Dr. Fidel José Fernández y Fernández-Arroyo. ¡¡GRACIAS!!

Reflejo de su amor por estas tierras castellanas, que era el motor de su vida y su trabajo, es esta poesía titulada “El Páramo”, escrita en 1983 y publicada íntegramente en la Revista *Argutorio* bastantes años después, de la que exponemos un pequeño fragmento.

Durante días no hallé un ser humano,
en aquellas tierras bravas y puras;
excepto algún pastor castellano,
que soporta esas condiciones duras.

Los pastores, al amor de las lumbres,
narran viejas historias de las sierras,
de lobos refugiados en las cumbres,
que aún podrían volver a aquellas tierras.

El alto páramo es ajeno al mundo,
al mundo que el hombre transformó;
y el viento lleva el mensaje profundo
de la tierra que siempre resistió.

El páramo oculta en su corazón
hondas cárcavas de agreste belleza,
precipicios donde vive el halcón,
y tienen los buitres su fortaleza.

Los registré con enorme ilusión,
sintiendo por su vida un gran respeto;
conté todos los nidos del cañón,
y a las rocas arranqué su secreto.